

¡Malditos sus progenitores, aunque sean los propios míos; maldita la hora funesta en que ví á su madre; maldita la noche aciaga en que lo engendré; maldito el día en que vino á la tierra; maldita la sangre de sus venas; malditas las generaciones que legue á los futuros tiempos! ¿Dónde se halla el enviado Azrael, que no trae su aliento de guerra y exterminio, desde los abismos cerúleos, para consumir á Granada, aniquilándola de súbito é impidiendo el que la vea yo vendida por sus propios reyes?

—Y los cautivos cristianos,— continuó Venegas,— serán entregados á los Reyes Católicos; y tributos, muy superiores á los que Hacem negara siempre, se le pagarán nuevamente; y podrá requerir, cuando quiera, servicios militares; y podrá tener Granada en feudo.

Hacem, no resistiendo más tiempo á tal relato, se quedó como muerto; y mientras Zoraya se volvía por todas partes en demanda de socorro, cual si fuera víctima de naufragios ó incendios, Venegas, mirándola de hito en hito, le decía:

—Illán se vengará de nosotros con horrorosas y perdurables venganzas.

CAPÍTULO XXII.

—Parece un cadáver,—decía Zoraya, dirigiéndose á Venegas, el cual preparaba órdenes y rescriptos, que presentar al Sultán Hacem, cuando recobrase la posesión de sí mismo, impidiendo el cumplimiento de pactos, tan traidoramente convenidos por el triste y desdichado Boabdil.

—No te maravilles, Zoraya, de cuanto pasa por Hacem. Los muchos desengaños, recibidos hace tiempo de su familia, no impiden que la sangre de Boabdil sea su propia sangre, y se desespere al verla deshonrada. Su hijo muestra cualidades contradictorias: ambición en la ociosidad, valor en el harén, deseo de reinar sin reino, aspiraciones á dirigir la raza musulímica en toda Granada, cuando cetro y alfanje se le caen á una de las manos, bajeza delante de sus eternos enemigos y altivez delante de su padre, perseverancia pero solo en la debilidad, y salidas bruscas de un capricho arbitrario,

el cual parece tener incontrastables inclinaciones al abismo. Y en este rebajamiento moral ha firmado deshonoroso convenio con los enemigos de su religión y de su patria.

—Sí, cierto—añadió Zoraya,—muy cierto, mas por lo mismo, extrañame que, conociendo como conoce la complexión de su hijo, se haya extrañado tanto de tal nueva bajeza y recibídola como si no debiese aguardarla en realidad hace mucho tiempo.

—Nunca se cree lo adverso en toda su verdad, hasta que no se sabe por una dolorosísima experiencia.

—Y comprendo menos todavía que, al saber la traición, le haya entrado un dolor, capaz de paralizarle para toda grande resolución, á él tan resuelto; y lejos de hacer lo tantas veces hecho en otras ocasiones análogas, requerir sus armas, ensillar su caballo, vestirse la cota de malla, y lanzarse rápido al campo en busca del combate y del triunfo, caiga en esa especie de parálisis, y no piense, ni resuelva cosa ninguna, fuera de dolerse y llorar en este minuto de su vida, tan propicio al empleo de sus más altas y más fecundas facultades.

—El golpe ha resultado asaz fuerte, para que no le haya inferido esta dolorosa turbación, de la cual llegaremos á sacarle con alguna industria.

—Porque mira, Venegas, hemos renunciado á nuestro Dios, á nuestro pueblo, á nuestro nombre, y no es cosa de hallar el martirio por gentes, los cuales allá en el interior, no amamos, y por

dogmas en cuya verdad no creemos. Yo tengo mi ambición propia, y mis hijos de sangre mahometana y regia, como instrumento para satisfacerla.

—De modo que Hacem se libertó de Aixá para caer en Zoraya.

—¿Y lo extrañas?

—No extraño, aprendo y observo.

—Entiendo tu observación; mas observa la diferencia. Mientras Aixá persigue con sus importunaciones al Sultán, yo jamás le digo una palabra, y me industrio de suerte que aparezca su propia voluntad, y no mi poderoso influjo, el agente de sus actos.

—Ya lo veo, ya lo veo.

—Pues bien, inhabilitado para el trono Boabdil por su traición, importa que mis hijos, engendrados en el único amor verdadero que sintiera en toda su vida el Sultán, ocupen ese trono, á cuya sombra nacieron, y sean los reyes únicos de la sin par Granada.

—Pretendiente nuevo tenemos en campaña, y pretendiente formidable.

—¿Qué quieres?

—Que veas como acaso pretendes tu perdición y tu ruina. La nave del Estado, por ti codiciada, no tiene tabla que se junte con otra tabla suya, pues, rotos los clavos que las unían, corre cada cual sobre las cimas de trombas, cuyos voragines todo lo devoran y absorben.

—Pero déjame coger al menos parte del naufragio.

—Boabdil corre á Granada, llevando en su frente la deshonra y en su mano la discordia. El vulgo de poco seso, y menos responsabilidad, le aclamará, porque confundiendo la vida particular con la vida universal, cree de su deber sustentarlo por haber nacido y criádose á su vista. Pero, mientras tanto, los nobles de Loja, que han perdido por su temeridad al valiente Aliatar; los zegríes y gomeles de Ronda que ven ya ondear las banderas del Marqués de Cádiz por las perspectivas de sus horizontes; el Zagal de Málaga, que ambiciona también una corona, se repartirán los fragmentos del cuantioso despojo; y sobre cada pedrusco vomitado por la erupción, y sacudido por el terremoto, sabrán erigir diminutas monarquías, donde ufanos daránse aires de autoridad y apariencias de poder.

—¿Qué quieres? No en vano respira una el aire de la corte. Cuando se ha vivido por estas alturas, apréndese muy pronto, como no hay medio para los príncipes entre mandar ó servir. Sus cabezas tocarán el oro de una corona ó el leño de un cadalso. Aquí precisa humillar á los demás para levantarse uno. Quien se resigna de grado á la humildad sucumbe sin remedio en el desprecio. Cuando nada tengan que temer ó aguardar de ti, no te mirarán al rostro. Y mientras estés muy alto, imitarán los cortesanos á los poderosos, como imitan los micos á los hombres. Ya sabes que los amigos de Alejandro torcían las cabezas, porque llevaba el gran conquistador la suya siempre torcida; y que los criados

del tirano Dionisio, tropezaban á una con todos los objetos en los salones y en las salas para en algo asemejarse á su dueño. Créete que la fortuna pide cortejo y cortejos. Quien desdeña requerirla de amores, no la rinde ni la goza jamás.

—Zoraya, todo eso está muy bien si pudieras alcanzar la certeza de que no llegarían los enemigos comunes á disputarte con sus lanzas el trono ganado para tus hijos. Pero mira con cuidado á los cuatro puntos del horizonte, y verás levantarse cuatro vientos contrarios á ese reino, con cuyo logro sueñas.

—Sí, adverso todo cuanto pasa, mas por lo mismo, invitando al ánimo á contrastarlo y combatirlo.

—Haré cuanto quieras en obsequio de tu plan, ya que nos une la común suerte con el apretado lazo de un común remordimiento. Pero atiende y observa cómo aquellos, á quienes hemos traicionado nosotros, nos asedian. El día menos pensado entrará Illán por esa puerta, pidiéndote cuenta de su felicidad, y conjurándote para que te prepares á la expiación y al castigo.

Zoraya, movida por esta invocación, se levantó de súbito del diván, donde se asentaba, y se llevó de golpe las dos manos á las sienes. Su cuerpo se puso rígido como el de aquellos pajarillos que fascinan las serpientes. Claváronse sus ojos en misterioso sér, que parecía presente allí, aunque inaccesible á la vista. Y una fascinación, verdadera-

mente singular, prestóle toda la inmovilidad y toda la pesadez de una estatua. Comprendiendo Venegas que tal efecto se había producido en Zoraya por la evocación del nombre de Illán, se levantó con presteza de su asiento, y asiéndola fuertemente del brazo, la sacudió para despertarla de aquel sueño mágico. Pronto volvió en sí la cuitadísima Zoraya, perseguida de obsesiones horribles, siempre que se le recordaba el perfecto caballero, á quien había hecho infeliz de toda infelicidad con sus apostasías y con sus perjurios.

—¿Cómo te encuentras?—le preguntó Venegas, en cuanto advirtiera que Zoraya podía ya con facilidad hablar.

—¡Oh!—respondió ésta, lanzando una especie de ronco aliento, en el cual envolvía huracanes de suspiros y nubes de lágrimas.

—Cobra la calma, porque lo anunciado todavía no es realidad, aunque pudiera serlo pronto.

—El nombre de Illán me aterra. Y yo creo que, no por temor á él, por temor á mis remordimientos. Traidora he sido con mi patria, infiel á mi Dios; pero aun faltando á estos sacros objetos ¡ay! á ninguno le falté como al rendido amator que me consagrara vida y alma sin rebozo en sacrificios y holocaustos sin término. Pero, si ahora vacilara en requerir la parte de fortuna y de poder acquistables para mis hijos, traicionaría también lo que no traicionan jamás ni las fieras, traicionaría mi corazón de madre.

—Pues necesitas prestarle al buen Hacem mucha vida y el antiguo vigor: que se halla como acabado y muerto.

—Yo le animaré sin decirle por qué y para qué le animo. Yo le moveré á presentarse por última vez en Granada, recogiendo la corona de sus padres á fin de dársela, no al Zagal ambicioso, no al Boabdil fementido, no al nieto deshonorado ya en la cautividad prematura, no, á los pedazos de sus entrañas, á la sangre de su amor, á los dos hijos de su preferencia y de su felicidad, á mis hijos, reyes verdaderos de Granada. Ambos se parecen á su excelso padre. Ambos tienen su vigor y su pujanza. Ambos han heredado el fuego sacro para los combates y el horror invencible á la deshonra. Viéndolos en el pie de su lecho, tan robustos y tan hermosos, no querrá dejarlos hundidos en la miseria, y les tenderá la corona imperial de sus abuelos, digna de sus sienas. Imposible, completamente imposible, que acepte Granada la concordia infeliz ideada por Boabdil, y que resultaría bien pronto súbita mudanza en su poder presente y ruina y deshonra en próximo inmediato porvenir. Se rebaja un rey; no se rebaja un reino. Y si nosotros buscamos los móviles que han impulsado mil veces al combate la voluntad enérgica del Sultán, y le han constreñido á tantas luchas y á tantas victorias apenas creíbles, defenderemos á Granada con ardor de todos sus enemigos, y la llevaremos á seguro puerto; cosa bien asequible con solo ponerla en manos de

los dos jóvenes nazaritas, á quienes visiblemente se la confia el destino.

—Pero mira, Zoraya, el pecado cometido por nosotros contra nuestros padres, vuélvese ahora contra tus hijos. Esa Granada, que destronó al Sultán Hacem por sus complacencias contigo y con tus gustos cristianos, quiere de seguro á los príncipes como nazaritas, pero los detesta como nazarenos. El nombre de su padre se borra y extingue tras la sombra proyectada por el nombre de su madre. Y no alcanzarán jamás los partidarios alcanzados por ese Zagal, á quien tú llamas ambicioso, y por ese Boabdil, á quien tú llamas fermentado.

—No importa, no; tentémoslo y pronto. Las pasiones del pueblo cambian como los oleajes del mar. Nuestro principal agente, la voluntad verdadera de Hacem, necesita despertarse y se despertará. El viejo caballo de guerra tenderá su cola con su crin al viento, y erguirá soberbio sus orejas, así que oiga el clarín guerrero, incitándole á cien gloriosos combates. Vamos, pues, á moverlo, á encender su sangre, á iluminar su mente, á subvertir sus ambiciones, á que arrastrado al combate no podamos dudar ni un punto de la merecida victoria. Sígueme y animémosle para que regrese á Granada, recoja del polvo la diadema de sus padres, y la ponga sobre las sienes de sus hijos.

Muchas las instancias de Zoraya y Venegas al desesperado Hacem serían, cuando resolvió este partirse á Granada, y presentarse allí, donde había

devorado tantas penas, en porfía y competencia con su hijo. Bien pronto los añafles de guerra hicieron retemblar aquel suelo idílico y sereno, que parecía solamente destinado á nutrir y aumentar la vida, ofreciendo espacio al fecundo laboreo de la feliz agricultura, y habitación á los agricultores. Oído el llamamiento de los añafles, toda persona de armas y de guerra, existente allí, en aquel sitio, de las compañeras del Sultán, presentáronse con todos sus arreos de combatir y á caballo en sus ligeros corceles. No iba con aquel hombre ni la dominación fuerte, ni el poder supremo, ni la grande autoridad á Granada; iba la division, iba la discordia, iba la feroz anarquía que mata los imperios más fuertes y que disuelve las sociedades más antiguas. Sin embargo, el Sultán carecía, tras los estragos producidos en él por las noticias últimas, de aquella fuerza y de aquella energía militar, á las cuales debiera, en otros tiempos, tantos múltiples triunfos. Al verlo descender, encanecida su barba, trémulos sus nervios, descompuesto el semblante, cualquiera lo tomara más bien por un aparecido que no por un sér histórico y real. El bastón, que llevaba en las manos, más bien de sacerdote que de guerrero, contrastaba mucho con el cortante alfanje, que á la cintura ceñía. Cualquiera lo tomara por un profeta, descendido, como el viejo Elías, de las montañas, para decir y comunicar sus visiones religiosas, que no por un conquistador y por un monarca de razas tan valerosas y fuertes. Aquellos ojos, que relam-

pagueaban y tronaban, entre las fulguraciones de los combates, parecían ahora, hundidos en lo más profundo del rostro, como dos cavernas, de las cuales fluyesen ríos de lágrimas. En otras ocasiones, la contrariedad le agujoneaba, como sucedió tras la perdición de Alhama; pero ahora, no, ahora fatigado al peso de sus infortunios, herido por las grandes contrariedades que había probado en una existencia ya sin horizontes y sin esperanzas, puesto como fuera de sí por la deshonra vinculada en su nombre á causa del perjurio de su primogénito, inclinábase con fatales inclinaciones al sepulcro, en busca de un profundo sueño, de un eterno descanso, y de un perdurable olvido. Cuando tomó la vía de Granada, seguido por aquella sombra de corte, parecía un verdadero fantasma. Y sin embargo, allí en Granada se le volvían ya muchos de los que antes le abandonarían. Los pueblos enfermos cambian, en sus angustias y en sus agonías, de postura, como los individuos enfermos en su lecho de muerte. Los restos de la grande aristocracia granadina, sobre todo, aquellos que no guardaban el odio al Sultán, trasmitido por anteriores generaciones mártires, como los abencerrajes, iban de nuevo á buscarle para pedirle su formidable auxilio. La reacción á su favor, en tan alto grado había subido tras los errores del pacto con los Reyes Católicos, que Aixá, recelosa y próspera siempre, abandonó las colinas hermosísimas de la Alhambra, pidiendo al popular Albaicín, refugio

para su persona y base para el trono de su excelso hijo. En efecto, los espacios próximos al palacio real de los monarcas nazaritas, sustentando los gomeles y los zegríes y los zenetes y los sirios, y tanta otra gente de pura sangre semítica y de pura creencia mahometana, sustentaban también una tradicional aristocracia, muy pagada de sus recuerdos y de sus privilegios, muy enemiga de toda complacencia con los in fieles. Por consiguiente, allí estaban los enemigos naturales del convenio urdido por Aixá en Granada y sellado por Boabdil en Córdoba. Bien al revés el sitio conocido con la denominación de Albaicín. Allí estaba el populacho dispuesto á sostener todas las tiranías y á sufrir todas las servidumbres; allí los judíos, á quienes el mal trato, inferido lo mismo por la gente mahometana que por la gente católica, les desligaba de todo amor al imperio musulmán; allí los mozárabes, ó sean las antiguas familias cristianas, residentes tras la conquista ismaelita, y que permaneciendo ajenas á las discordias, no abrigaban muy cordiales sentimientos en favor de un gobierno como el mahometano, á quien habían obedecido mucho, pero no amado jamás. Unanse á esto los diversos oficios bajos y viles, así como las gentes malditas y puestas fuera de toda sociedad, aunque habiten dentro de ciudades muradas, y bien pronto se advertirán las varias levaduras de anarquía guardadas en el barrio escogido por Aixá, como seguro contra la soberbia de los nobles y á favor